

«Que rueda el molino
su blanca carreta,
que se cubra el cielo
de doradas grietas,
porque ya mi niño
conoció mi senda,
y tendrá en sus manos
harina de estrellas».

En algunas páginas algo de cuento, en otras mucho de canción, así es el curso fresco de este libro que nace al calor del hogar. María Silva Ossa demuestra singulares condiciones emotivas, disposición lírica para considerarla como un nuevo valor en nuestra poesía femenina, y además porque posee fina sensibilidad, sencillez expresiva y delicado acento sentimental.—
F. S.



<https://doi.org/10.29393/At193-15ODDP10015>

OTOÑO EN LAS DUNAS. Poemas de *Pedro Prado*

Pedro Prado es uno de los pocos de nuestros poetas para quienes lo esencial es el fondo, el contenido emocional del poema, siendo la forma, la expresión poética, solo una manera de comunicar aquello, como son las alas instrumentos del vuelo y los ojos creación de la necesidad de conocer el mundo. Esto es fundamental, pero no está de más decirlo, pues la mentalidad formalista de nosotros ha invertido el orden natural de las cosas, ha parado la pirámide sobre su vértice, haciendo de las palabras la parte substantiva del canto. Algunos llegan al absurdo de entregarnos un hacinamiento incoherente de palabras, dejando al lector la misión de ponerles contenido a su sabor.

Anhelante y confiado, inquieto y sereno, caudaloso y puro, Prado ha vagado por todos los horizontes del saber, ha explorado el universo, y ha ido entregando en poemas diáfanos sus expe-

riencia. Las parábolas, los apólogos, las imágenes y los símbolos han brotado espontáneamente de su imaginación. Así como la naturaleza ha creado los árboles y las aves, los aromas y las mieles, de la fusión de las energías cósmicas que actúan en su seno, el poeta nos da su poesía que es miel, savia y perfume que el devenir del tiempo ha ido acumulando en las celdas recónditas de su alma.

La obra de Prado ha sido aquilatada por la crítica y se le ha dado el sitio de honor que le corresponde. Ocupa un puesto aparte en nuestra literatura. Es enteramente nuestro por sus temas, por el paisaje, por el ambiente en que florecen sus relatos, y que es este aire cargado de sol y batido por los huracanes, esta tierra vibrante de fuerzas telúricas colgada entre la montaña y el océano mayores del mundo. Sin embargo, por la índole de su inspiración, por sus reacciones ante la vida, por la serena amplitud de su alma, aire que envuelve en transparencia un mundo vestido de esplendor, por su naturaleza íntima, Prado es un hombre enteramente original, que se ha formado solo, sin vinculaciones a tendencias filosóficas o religiosas, sin limitaciones de épocas o corrientes literarias. No se le encuentran líneas de parentesco en las letras chilenas o extranjeras. Para explicarnos un fenómeno, ya sea físico o literario, social o espiritual, debemos columbrar las líneas de su formación. Esta tarea es singularmente difícil en el caso de Prado, y por ahora nos conformamos con constatar una vez más la presencia entre nosotros de un poeta grande y original, independiente y puro. Dentro de su obra podemos anotar el hecho magnífico de una superación constante, la evolución continúa hacia una más alta y acendrada espiritualidad. Su misticismo se ha ido haciendo más fervoroso y trascendente, hasta culminar en la fe en el destino superior del alma humana. Pero a lo largo de este camino, que otros recorren en forma escueta, austeros y doloridos penitentes, cuánta riqueza de motivos, qué magnificencia de parábolas y de símbolos, cuántas vibraciones sutiles de la sensibilidad interna ante el panorama

inagotable de la vida. Para dar una idea de la riqueza de su obra, volvemos a la imagen ya esbozadas: así como la luz actúa sobre la tierra y crea el tesoro inagotable de la vida, el espíritu del poeta se ha proyectado sobre la vida, creando en su arte un mundo de infinitas resonancias.

Otoño en las dunas nos entrega las meditaciones de la madurez fecunda del poeta. Hay en el libro varios sonetos definitivos, altas conquistas del pensamiento, que durarán, sin duda, «tanto como viva el castellano». El soneto preliminar, que lleva el nombre del libro, es uno de los más bellos. Obsequiamos al lector con estos versos incomparables:

Arena alada de las dunas leves,
que ahogas a sembrados y labranzas,
cuando nadie imagina que te mueves,
como el olvido, sin cesar, avanzas.

Rodando siempre, siempre, no descansas;
y en silencioso cántico te atreves
a sepultar colinas y esperanzas,
y llanto y lluvia, por igual, embebes.

Oh! desierto de cálida ceniza,
de la pasión del mar y de la tierra;
el grande amor de lo imposible encierra

tu vuelo de colinas en la brisa.
Unión sólo alcanzada en amarguras,
tierra que andas, oleaje que perduras!

No es la primera vez que el poeta se ocupa de las dunas, para derivar profundas sugerencias de esas olas grávidas y azules que prolongan en la tierra la desolación estéril del océano. Lo singular es que jamás Prado ha tenido una nota elegíaca para

riencia. Las parábolas, los apólogos, las imágenes y los símbolos han brotado espontáneamente de su imaginación. Así como la naturaleza ha creado los árboles y las aves, los aromas y las mieles, de la fusión de las energías cósmicas que actúan en su seno, el poeta nos da su poesía que es miel, savia y perfume que el devenir del tiempo ha ido acumulando en las celdas recónditas de su alma.

La obra de Prado ha sido aquilatada por la crítica y se le ha dado el sitio de honor que le corresponde. Ocupa un puesto aparte en nuestra literatura. Es enteramente nuestro por sus temas, por el paisaje, por el ambiente en que florecen sus relatos, y que es este aire cargado de sol y batido por los huracanes, esta tierra vibrante de fuerzas telúricas colgada entre la montaña y el océano mayores del mundo. Sin embargo, por la índole de su inspiración, por sus reacciones ante la vida, por la serena amplitud de su alma, aire que envuelve en transparencia un mundo vestido de esplendor, por su naturaleza íntima, Prado es un hombre enteramente original, que se ha formado solo, sin vinculaciones a tendencias filosóficas o religiosas, sin limitaciones de épocas o corrientes literarias. No se le encuentran líneas de parentesco en las letras chilenas o extranjeras. Para explicarnos un fenómeno, ya sea físico o literario, social o espiritual, debemos columbrar las líneas de su formación. Esta tarea es singularmente difícil en el caso de Prado, y por ahora nos conformamos con constatar una vez más la presencia entre nosotros de un poeta grande y original, independiente y puro. Dentro de su obra podemos anotar el hecho magnífico de una superación constante, la evolución continúa hacia una más alta y acendrada espiritualidad. Su misticismo se ha ido haciendo más fervoroso y trascendente, hasta culminar en la fe en el destino superior del alma humana. Pero a lo largo de este camino, que otros recorren en forma escueta, austeros y doloridos penitentes, cuánta riqueza de motivos, qué magnificencia de parábolas y de símbolos, cuántas vibraciones sutiles de la sensibilidad interna ante el panorama

inagotable de la vida. Para dar una idea de la riqueza de su obra, volvemos a la imagen ya esbozadas: así como la luz actúa sobre la tierra y crea el tesoro inagotable de la vida, el espíritu del poeta se ha proyectado sobre la vida, creando en su arte un mundo de infinitas resonancias.

Otoño en las dunas nos entrega las meditaciones de la madurez fecunda del poeta. Hay en el libro varios sonetos definitivos, altas conquistas del pensamiento, que durarán, sin duda, «tanto como viva el castellano». El soneto preliminar, que lleva el nombre del libro, es uno de los más bellos. Obsequiamos al lector con estos versos incomparables:

Arena alada de las dunas leves,
que ahogas a sembrados y labranzas,
cuando nadie imagina que te mueves,
como el olvido, sin cesar, avanzas.

Rodando siempre, siempre, no descansas;
y en silencioso cántico te atreves
a sepultar colinas y esperanzas,
y llanto y lluvia, por igual, embebes.

Oh! desierto de cálida ceniza,
de la pasión del mar y de la tierra;
el grande amor de lo imposible encierra

tu vuelo de colinas en la brisa.
Unión sólo alcanzada en amarguras,
tierra que andas, oleaje que perduras!

No es la primera vez que el poeta se ocupa de las dunas, para derivar profundas sugerencias de esas olas grávidas y azules que prolongan en la tierra la desolación estéril del océano. Lo singular es que jamás Prado ha tenido una nota elegíaca para

ante el avance devastador de las dunas, que van sepultando la vida, ahogando el valle y el oasis. A veces parece que presenciara la destrucción de la vida, el retorno a la piedra y la arena, a la aniquilación final de todo lo viviente, con una indiferencia musulmana. No siempre lo vemos exaltar con entusiasmo todo lo que importa una evolución progresiva de la vida, como si mirara con algún excepticismo los afanes y las luchas del hombre por superar su destino. Parece que en su sentir la marcha de la vida en nuestro planeta sigue el curso de leyes cósmicas o divinas, en que el hombre tiene poca ingerencia. Sin embargo, la nitidez de su vuelo lírico lo redime de toda culpa y en presencia de la obra de arte la suprema razón es la belleza, que puede darse el lujo de ser arbitraria.

El libro es un devocionario de amor, consagrado a una pasión tardía y violenta, que conmovió hasta sus cimientos la vida sentimental de nuestro poeta, amenazando desquiciar los puntales que sustentan su razón de existir, desgarrando en jirones el velo azul de su serenidad. Está compuesto de diez Estancias dedicadas al amor, más una preliminar de diez sonetos, y un epílogo en romance titulado Cántico de la Noche. En conjunto, ciento diez sonetos y un romance. La cantidad no amengua la calidad, como tampoco la premura de la inspiración, ya que toda esta poesía no es sino la huella lírica del paso de esa mujer inasible y delumbradora, que cegó a nuestro poeta como Laura al Petrarca o Beatriz al Dante. Las diez Estancias se titulan: Del Presentimiento, Del Advenimiento, De la Renunciación, De la Melancolía, De la Soledad, Del Retiro, De la Revelación, De la Paz, Del Retorno, De la Eternidad. Es imposible dar noción de su contenido emotivo, de su belleza lírica, en breve comentario. Pasión trascendental y mística, a través de sus dolores el poeta se enlaza a los enigmas de la vida y la muerte, del engañoso fluir del tiempo, de la inconsistencia de la dura realidad que nos hiere. Triunfa su espiritualidad sobre la tempestad de los instintos y la crispación de los sentimientos, y lo vemos elevarse a mucha

altura sobre los escollos en que tantos naufragan, como ese pájaro de que nos habla en uno de sus apólogos, al que sus alas lo libran de las astucias de las alimañas y de las acechanzas del cazador. El libro nos deja saturados de emoción y estremecidos de belleza, y guardamos la hermosa convicción de que el espíritu encuentra en sí mismo la energía necesaria para redimirse de las contingencias temporales y es, en cierto modo invulnerables, a los azares del destino.

Para terminar mejor esta breve reseña, citamos el soneto 93, titulado

TRANSFIGURACION

En olas muertas, de marismas quietas,
cuajas, oh! mar, en soledad, tus sales;
del agua densa, el amargor concretas;
tus tragedias conviertes en cristales.

Los hombres, de sus mares interiores,
la sal del verso, extraen, que sazona
el pan de cada día; sus dolores
los truecan en belleza que perdona.

Olas antiguas, dan la sal en grumos;
lágrimas rubias va cuajando el pino;
vuelos les nacen a las hojas mustias;

a hogueras muertas, azulados humos;
soles pasados va entregando el vino;
y versos, las pretéritas angustias.

El tomo anterior de Prado, Camino de las Horas, estaba consagrado por entero a la exaltación mística y trascendente. Aquí lo vemos debatirse en la prisión del amor humano, pero

luego su alma evanescente se libera de todo contacto impuro, y se pierde majestuosa en el horizonte, dejándonos absortos ante una magnificencia de hogueras de otoño y de irisación crepuscular.—DAVID PERRY B.



LA SUGESTIÓN DE LA MONTAÑA, Poemas de *Estela Miranda*.
Nascimento. Santiago 1941

Como un recuerdo que llega desvanecido por la distancia, canta Estela Miranda su inquietud interna. No hay en ella exaltación ni ímpetu de embriaguez lírica, porque su temperamento la induce a recogerse para oír la ensordinada voz de su sensibilidad poética cuando le musita su canción. Los pájaros, el viento, las aguas corrientes, los árboles y hasta ese secreto recóndito e inaccesible de las piedras la hacen pensar dulcemente en la belleza que encierran, y, que ese don divino del poeta, trata de sorprender, así como el visionario busca la veta maravillosa perdida entre las rocas abruptas y erizadas de peligros.

Estela Miranda se siente atraída por esa misteriosa belleza que tiene el alma de las cosas. Está siempre en actitud de ensueño y de pronto como si despertara de su divagación interna habla todo aquello que le está vibrando en el ser y lo va exteriorizando en armonías que llevan una gotita de disimulada tristeza. Da la impresión de que sin darse cuenta antropomorfiza el paisaje y entonces conversan los árboles con el estero, los pájaros con el viento, la piedra con el viajero indiferente que no advierte su inmutable angustia de siglos:

El bosque, como el mar,
nunca calla del todo ni en el día más claro.
Ese rumor que viene y que se aleja y que vuelve otra vez,
confuso y leve,
es el decir fantástico
que no han logrado comprender los hombres.